

Este pequeño virus que invade nuestra cotidianidad siembra cada día un poco más de preocupación entre nosotros

Pero también puede ser tiempo de oportunidades, oportunidad de darnos cuenta de muchas cosas que el trajín de nuestra vida nos había hecho olvidar o dejar a un lado.

Caer más en la cuenta de quién soy, qué busco, qué sueño, qué amo ... Valorar situaciones, personas y actividades de que tenerlas tan seguras no les dábamos valor: pareja, familia, en sentido amplio, trabajo, salud, amigos

Ser un poco más conscientes de qué somos frágiles y vulnerables, necesitados de relaciones, de los otros...

Y también redescubrir nuestra capacidad de amar de muchas maneras

Para el día 26 teníamos previsto un retiro de parejas, qué obviamente no vamos a poder celebrar presencialmente, pero cómo lo tengo preparado, por si os ayuda os lo envío.

Mi deseo es que nos dejemos encontrar por El Resucitado, El pone Esperanza en este tiempo de oscuridad, y nos recuerda que siempre, por larga y dura que esté siendo la noche, Estamos llamados a la vida, a vivir de una amenaza cierta: no estamos amenazados de muerte, sino de Resurrección.

Esta es nuestra fe y nuestra esperanza.

VIVO, EN LA COMUNIDAD

Un Dios resucitado es el que inspira la comunión de corazones, la profunda intimidad, la capacidad de tender puentes y relacionarnos sin barreras. Allá donde, más allá de un “yo” o un “tú” surge un “nosotros”, algo nuevo se genera, un sepulcro se vacía y vendas inútiles caen. Allá donde un hombre o una mujer se arriesgan a amar dejando todas las seguridades en otras manos; allá donde alguien es capaz de escuchar, ponerse en el lugar de otros, compartir las preocupaciones o los éxitos, desear el bien ajeno, algo nuevo se genera, un sepulcro se vacía y vendas inútiles caen al suelo. Allá donde alguien piensa en las necesidades de otros con tanta intensidad como en las propias, donde se busca la concordia por encima del conflicto y la humanidad común por encima de las diferencias, algo nuevo se genera.

Vivir resucitando debería ser la manera “normal” de vivir los cristianos. Dios nos invita permanentemente a la VIDA, para nosotros mismos y para que ayudemos a otros a VIVIR.

Pero vivimos, muchas veces, una fe más apegada a la muerte que a la vida. Seguimos más fácilmente al Jesús muerto que al resucitado, y por eso nuestra vida y nuestra fe, a veces, no nos ayuda a vivir felices, con sentido, con esperanza.

No tenemos en los Evangelios ningún relato directo de qué es la Resurrección. Tenemos relatos de los efectos de la Resurrección en las personas que tuvieron esa experiencia de Encuentro con el Señor Resucitado. Pero nosotros vivimos de tal modo que a veces hacemos imposible que se pueda dar ese encuentro, y por tanto no damos pie a poder vivir la experiencia y sus consecuencias.

Por ello os propongo al inicio de este retiro un rato de oración con dos relatos evangélicos, en los que el Jesús, aún vivo, el que andaba por los caminos, ayuda a “resucitar” con minúsculas a personas. A nosotros nos puede ayudar a quitar impedimentos para poder disfrutar de la experiencia de Resurrección.

Podéis elegir uno de los dos, no hace faltas que hagáis los dos.

1)

Juan 8, 1-11

Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él. Y, sentándose, les enseñaba.

Los escribas y fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dicen:

—Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras. ¿Tú qué dices?

Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir en el suelo. Pero como insistían en sus preguntas, se incorporó y les dijo:

—El que esté sin pecado, que tire la primera piedra.

E inclinándose otra vez siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos.

Y se quedó Jesús solo con la mujer, que seguía en medio.

Jesús se incorporó y le preguntó:

—Mujer, ¿dónde están?, ¿nadie te ha condenado?

Ella contestó:

—Nadie, Señor.

Jesús le dijo:

—Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más.

Este relato es bien conocido, lo escuchamos hace pocas semanas en el domingo 5º de Cuaresma.

Os propongo que os fijéis en todas las personas que participan en la acción.
¿Quiénes son? ¿Cómo vienen? ¿Qué esperan que pase?

Fijaros en Jesús, viene de orar, de estar con El Padre. Viene ligero, esperanzado. Las gentes están muy enfadadas, con piedras, tienen claro lo que habría que hacer.

La mujer, sola, ni se ve ni se menciona al hombre. Rota, pensando en lo peor.

¿Con quién me identifico yo? ¿Con la mujer, con Jesús, con la gente?

Dejo que Jesús me mire, tal como estoy. Me dejo mirar bien, por dentro y por fuera. **¿Qué me dice Jesús a mí?**

En este relato Jesús va a liberar a todos. A la mujer, dándole una nueva oportunidad: no te condeno, vete en paz y no peques más.

A toda la gente, quitándole el peso de las piedras grandes o pequeñas que llevan en las manos o en los bolsillos.

En muchas ocasiones de nuestra vida cotidiana somos como estas personas, cargados, no de piedras gordas para lapidar, pero sí de piedras pequeñas que llevamos en los bolsillos dispuestos a tirárselas a tantas personas que tenemos cerca, con intención de darles en el ojo. Los que no nos caen bien, de los que tenemos celos o envidias; de los que queremos sentirnos superiores...

En nuestra vida de pareja y de familia las utilizamos mucho, de manera sibilina, pero con toda la intención de acertar donde más duela.

Pues Jesús, con su palabra “El que esté libre ...” nos quiere liberar a todos, también a nosotros. **¿Quiénes somos para juzgar a los otros? ¿Quién nos ha dado la medida? ¿Para qué cargar con las piedras, aunque sean pequeñas, todo el tiempo?**

Escuchemos también nosotros a Jesús diciéndonos: no peques más, vete en paz, no te condeno, te quiero y te quiero vivo, feliz, amando.

Pidámosle a Jesús que nos ayude a dejarnos amar en nuestras heridas, a ser valientes e ir sin piedras por la vida.

2)

Mc 10, 46-52

Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar:

- ¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!

Muchos le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más:

- ¡Hijo de David, ten compasión de mí!

Jesús se detuvo y dijo:

- Llamadle.

Llaman al ciego, diciéndole:

- ¡Ánimo, levántate! Te llama.

Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús. Jesús, dirigiéndose a él, le dijo:

- ¿Qué quieres que te haga?

El ciego le dijo:

- Rabbuni, ¡que vea!

Jesús le dijo:

-Vete, tu fe te ha salvado.

Y al instante, recobró la vista y le seguía por el camino.

En este relato, bien conocido, también podemos sentirnos invitados a orar sobre nuestras dificultades para percibir las huellas de Resurrección en la vida.

Este ciego del camino, podemos ser cada uno de nosotros: ciegos, o lo que es lo mismo, con una fe pobre o ciega, que no nos permite seguir a Jesús. Jesús va por el camino, nosotros sentados a los bordes del camino, ciegos, con frío, desesperanzados.

Pero nos dicen que va a pasar por nuestro lado, y movidos por la desesperación y por el deseo de cambio, nos atrevemos a gritarle “**¡Hijo de David, ten compasión de mí!**”.

Y nos encontramos con personas que nos dicen: ¿para qué? No sirve de nada. Lo que hay es esto, no hay más ...

Pero nosotros sabemos que puede haber más. Intuimos que, aunque esté ahora ciego, me estoy perdiendo muchas cosas por quedarme con esta ceguera. Con esta fe débil que no me lleva a ningún sitio, si no es a la desesperanza y amargura.

Por eso podemos seguir gritando “**¡Hijo de David, ten compasión de mí!**”. Si le grito, él me escucha y me pregunta: **¿qué puedo hacer por ti?**

Esta mañana puede ser el tiempo de caer en la cuenta de dónde estoy y atreverme a gritar a Jesús. Él me escuchará y podré seguirle y descubrirle resucitado y resucitando, y yo también podré ayudar a otros a resucitar.

Nos daremos un tiempo largo para rezar cada uno con uno de los textos. Saborearlo, gustarlo, hablar con El Señor.

Sentir a qué nos sentimos invitados por Jesús. **¿Qué sentimientos han brotado en mí en este rato?**

Después, por parejas, nos comunicaremos lo vivido, acogiéndolo en el corazón con agradecimiento. Pensando si podríamos ayudarnos en el día a día a rezar más juntos para encontrarnos con El Señor y para quitar impedimentos en nuestra vida de fe.

Tras las huellas del Resucitado

En esta ocasión, nos gustaría proponerte una oración que te acerque a la presencia del Resucitado, a reconocer huellas de su presencia en tu vida, huellas que son de ánimo, fortaleza, empuje, paz... y que te dan la vitalidad para caminar.

Es una invitación a darte cuenta cómo te encuentras a diario con sus huellas y cómo te empujan a construir vida. O también, si lo prefieres, a darte cuenta de los “brotes verdes” que surgen en tu vida en forma de proyectos, relaciones, actitudes, cuidados de manera más especial.

FRAGMENTOS DE VIDA EVANGÉLICA

Crear de corazón y de palabra.
Crear con la cabeza y con las manos.
Negar que el dolor tenga la última palabra.
Arriesgarme a pensar que no estamos definitivamente solos.
Saltar al vacío en vida, de por vida,
y afrontar cada jornada como si tú estuvieras.
Avanzar a través de la duda.
Atesorar, sin mérito ni garantía,
alguna certidumbre frágil.
Sonreír en la hora sombría
con la risa más lúcida que imaginarme pueda.
Porque el Amor habla a su modo,
bendiciendo a los malditos,
acariciando intocables
y desclavando de las cruces a los bienaventurados.

J. M. Rodríguez Olaizola, sj

ID A GALILEA. ALLÍ LO VERÉIS

El relato evangélico que se lee en la noche pascual es de una importancia excepcional. No solo se anuncia la gran noticia de que el crucificado ha sido resucitado por Dios. Se nos indica, además, el camino que hemos de recorrer para verlo y encontrarnos con Él.

Marcos habla de tres mujeres admirables que no pueden olvidar a Jesús. Son María de Magdala, María la de Santiago y Salomé. En sus corazones se ha despertado un proyecto absurdo que solo puede nacer de su amor apasionado: *«comprar aromas para ir al sepulcro a embalsamar su cadáver»*.

Lo sorprendente es que, al llegar al sepulcro, observan que está abierto. Cuando se acercan más, ven a un *«joven vestido de blanco»* que las tranquiliza de su sobresalto y les anuncia algo que jamás hubieran sospechado.

«¿Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado?». Es un error buscarlo en el mundo de los muertos. *«No está aquí»*. Jesús no es un difunto más. No es el momento de llorarlo y rendirle homenajes. *«Ha resucitado»*. Está vivo para siempre. Nunca podrá ser encontrado en el mundo de lo muerto, lo extinguido, lo acabado.

Pero, si no está en el sepulcro, **¿dónde se le puede ver?, ¿dónde nos podemos encontrar con él?** El joven les recuerda a las mujeres algo que ya les había dicho Jesús: *«Él va delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis»*. Para «ver» al resucitado hay que volver a Galilea. **¿Por qué? ¿Para qué?**

Al resucitado no se le puede «ver» sin hacer su propio recorrido. Para experimentarlo lleno de vida en medio de nosotros, hay que volver al punto de partida y hacer la experiencia de lo que ha sido esa vida que ha llevado a Jesús a la crucifixión y resurrección. Si no es así, la «Resurrección» será para nosotros una doctrina sublime, un dogma sagrado, pero no experimentaremos a Jesús vivo en nosotros.

Galilea ha sido el escenario principal de su actuación. Allí le han visto sus discípulos curar, perdonar, liberar, acoger, despertar en toda una esperanza nueva. Ahora sus seguidores hemos de hacer lo mismo. No estamos solos. El resucitado va delante de nosotros. Lo iremos viendo si caminamos tras sus pasos. Lo más decisivo para experimentar al «resucitado» no es el estudio de la teología ni la celebración litúrgica sino el seguimiento fiel a Jesús.

José Antonio Pagola

Leo los textos, me dejo impactar, y pienso en mi vida personal, de pareja, de familia, en la sociedad. Pienso que estos textos están dirigidos a mí, son un mensaje de Pascua para mí.

Lo primero que nos puede salir es tristeza, desesperanza, amargura... pero si creemos en el Resucitado y que Él va por delante.

Si nos atrevemos a mirar más profundamente y ver brotes verdes en nosotros, en la pareja, en la familia, en la sociedad, en la Iglesia... que nos indican que hay huellas del resucitado.

Eso puede marcar hoy nuestra vida.

Creer en la Resurrección es creer en la fuerza del bien, pero ese bien hay que reconocerlo para amarlo, cuidarlo y hacerlo crecer.

Es nuestra tarea como cristianos, vivir resucitando y ayudando al mundo a resucitar.

Esto no es tarea de uno solo, sino misión de la comunidad.

Después de rezarlo y pensarlo lo pondremos en común en la pareja o en familia.

En cada grupo prepararemos, una petición o agradecimiento y un ofrecimiento para el ofertorio, para pedirle al Padre que lo bendiga y lo haga fructificar.

En la primera Eucaristía presencial que podáis participar o en la Eucaristía Online, os invito a presentarlo al Señor.

COMUNIÓN

Mateo 28:18-20 dice: *“Y acercándose Jesús, les habló, diciendo: Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”*

La Eucaristía es la presencia amorosa, de entrega, de fuerza, de ánimo de Jesús a todos nosotros cada día. Es la fuerza del resucitado para nuestras vidas y para el seguimiento de Jesús.

Caer en la cuenta de **qué significa para mí la Eucaristía**, el comulgar.

Tomad, Señor y recibid

toda mi libertad,

mi memoria, mi entendimiento

y toda mi voluntad.

Todo mi haber y mi poseer

vos me lo disteis

a vos Señor lo torno.

Todo es vuestro

disponed a toda vuestra voluntad.

Dadme vuestro amor y gracia

que ésta me basta.

San Ignacio de Loyola

DECÁLOGO DEL PAPA FRANCISCO PARA SER FELIZ

1. Viví y dejá vivir: “Acá los romanos tienen un dicho y podríamos tomarlo como un hilo para tirar de la fórmula esa que dice: ‘Anda adelante y deja que la gente vaya adelante’. Viví y dejá vivir, es el primer paso de la paz y la felicidad”.
2. Darse a los demás: “Si uno se estanca, corre el riesgo de ser egoísta. Y el agua estancada es la primera que se corrompe”.
3. Moverse remansadamente: “En Don Segundo Sombra hay una cosa muy linda, de alguien que relea su vida. El protagonista. Dice que de joven era un arroyo pedregoso que se llevaba por delante todo; que de adulto era un río que andaba adelante y que en la vejez se sentía en movimiento, pero lentamente remansado. Yo utilizaría esta imagen del poeta y novelista Ricardo Güiraldes, ese último adjetivo, remansado. La capacidad de moverse con benevolencia y humildad, el remanso de la vida. Los ancianos tienen esa sabiduría, son la memoria de un pueblo. Y un pueblo que no cuida a sus ancianos no tiene futuro”.
4. Jugar con los chicos: “El consumismo nos llevó a esa ansiedad de perder la sana cultura del ocio, leer, disfrutar del arte. Ahora confieso poco, pero en Buenos Aires confesaba mucho y cuando venía una mamá joven le preguntaba: ‘¿Cuántos hijos tenés? ¿Jugás con tus hijos?’ Y era una pregunta que no se esperaba, pero yo le decía que jugar con los chicos es clave, es una cultura sana. Es difícil, los padres se van a trabajar temprano y vuelven a veces cuando sus hijos duermen, es difícil, pero hay que hacerlo”.
5. Compartir los domingos con la familia: “El otro día, en Campobasso, fui a una reunión entre el mundo de la universidad y el mundo obrero, todos reclamaban el domingo no laborable. El domingo es para la familia”.
6. Ayudar a los jóvenes a conseguir empleo: “Hay que ser creativos con esta franja. Si faltan oportunidades, caen en la droga. Y está muy alto el índice de suicidios entre los jóvenes sin trabajo. El otro día leí, pero no me fío porque no es un dato científico, que había 75 millones de jóvenes de 25 años para abajo desocupados. No alcanza con darles de comer: hay que inventarles cursos de un año de plomero, electricista, costurero. La dignidad te la da el llevar el pan a casa”.
7. Cuidar la naturaleza: “Hay que cuidar la creación y no lo estamos haciendo. Es uno de los desafíos más grandes que tenemos”.
8. Olvidarse pronto de lo malo que afecta a la vida. La necesidad de hablar mal del otro indica una baja autoestima, es decir: yo me siento tan abajo que, en vez de subir, bajo al otro. Olvidarse rápido de lo negativo es sano”.
9. Respetar al que piensa distinto: “Podemos inquietar al otro desde el testimonio, para que ambos progresen en esa comunicación, pero lo peor que puede haber es el proselitismo religioso, que paraliza: ‘Yo dialogo contigo para convencerte’, no. Cada uno dialoga desde su identidad. La Iglesia crece por atracción, no por proselitismo”.
10. Buscar activamente la paz: “Estamos viviendo en una época de mucha guerra. En África parecen guerras tribales, pero son algo más. La guerra destruye. Y el clamor por la paz hay que gritarlo. La paz a veces da la idea de quietud, pero nunca es quietud, siempre es una paz activa”.

Lee pausadamente el decálogo, y como dice San Ignacio, *reflectir* para sacar algún provecho.

Aprovecha para también hacer tu resumen de lo positivo de hoy, las llamadas a vivir, a hacer vivir a otros que has sentido.

Por parejas: poner en común lo pensado, lo vivido y ponerse alguna tarea para que no se nos olvide.